

[2] Introducción

Veamos este mandamiento en tres movimientos. **Primero**, la *esencia* de la ley: qué es, qué dice, qué significa; el *efecto* de la ley: lo que realmente sucede cuando llega a corazones pecaminosos como el tuyo y el mío; y el *fin* de la ley: hacia dónde se dirige, aquello a lo que ha estado apuntando desde el principio.

1. La esencia de la ley

[3] Así que primero, la *esencia de la ley*. ¿Qué podemos decir acerca de la esencia del décimo mandamiento?

[4] (En blanco) Este mandamiento es único en el sentido de que, con suficiente esfuerzo y suficiente autoengaño, los primeros nueve mandamientos pueden guardarse, al menos externamente; pero esta ley no. No puede guardarse así porque mira más allá de nuestra conducta hasta nuestros deseos mismos. No pregunta qué hemos hecho; pregunta qué *queremos*. Es como una máquina espiritual de rayos X. Revela no solo el tumor, sino la malignidad misma, hasta el nivel celular.

También es único en su construcción. Hay siete prohibiciones: no codiciarás la casa de tu prójimo, su esposa; su siervo, su sierva; su buey, su asno; ni cosa alguna de tu prójimo. Siete. En la Biblia, siete es el número perfecto, que apunta a la perfección de la creación de Dios *ex nihilo* y a la perfección inherente en todo lo que Dios es y hace.

[5] El verbo hebreo “codiciar” es *tachMOHD*, que en la Septuaginta griega [6] se traduce como *epithymēō* (o el sustantivo, *epithymia*). Con frecuencia se le llama [7] “deseo excesivo” o “deseo posesivo”, ese tipo de deseo en el que algo que quieres se convierte en algo que sencillamente *tienes que tener*. [8]

(En blanco)

En la Biblia, *epithymia* a menudo se refiere al deseo sexual, pero la idea raíz es más amplia: puede usarse positivamente, como cuando Jesús dice a sus discípulos: “Con deseo he deseado comer esta Pascua con ustedes”, o cuando Pablo habla de su “*epithymia*” de partir y estar con Cristo. *Epithymia* no necesariamente se trata de desear cosas malas, sino de desear cosas buenas demasiado, o de manera equivocada.

En *Mero cristianismo*, C.S. Lewis nos pide imaginar un país donde ellos [9] presentan números de striptease que atraen enormes multitudes que aplauden, excepto que lo que se va descubriendo lentamente en el escenario no es una joven, sino un plato de comida cubierto; en Estados Unidos podría ser, supongo, una hamburguesa jugosa. Y todos están aplaudiendo y salivando, básicamente volviéndose locos. ¡Uno pensaría que algo anda seriamente mal con el apetito por la comida en ese país!

Y ese es el punto que Lewis está haciendo [10] (En blanco). Cuando un apetito natural se separa de su fin apropiado, de su debido orden, no simplemente desaparece; se infla, se vuelve obsesivo, incluso grotesco. Lewis muestra que Los «deseos de la carne» pueden ser cualquier apetito que se haya desbocado, descontrolado y, en última instancia, convertido en algo tiránico.

La codicia está por todas partes en nuestra vida. Nuestra cultura no habla de ella por la misma razón por la que los peces no hablan del agua; simplemente se da por sentada, está en el aire que respiramos. Todos codiciamos, todos nosotros, bastante, creo. Yo ciertamente lo hago. La evidencia está en nuestros teléfonos, en nuestros carritos de compra, en nuestras listas de deseos, en el “contenido que consumimos”.

Y, por supuesto, el gran ejemplo ahora son las redes sociales. Los amigos con quienes fuiste a la escuela secundaria y que ahora parecen estarles yendo mucho mejor que a ti, que se ven mucho más jóvenes que tú, que claramente parecen

ser mucho más felices que tú. Siempre estamos comparándonos, siempre deseando algo que ellos tienen y que nosotros no tenemos. Y, por supuesto, eso nos hace miserables. Inevitablemente empezamos a caer en ese túnel de: si tan solo fuera lo suficientemente *delgado*, o lo suficientemente *fuerte*, o lo suficientemente *exitoso*, o lo suficientemente *popular*, o incluso lo suficientemente “*cristiano*”...

Hay una palabra para esto, otra palabra que ya no escuchamos mucho. **Envidia**. La envidia es desear de manera *comparativa*. Es “codicia de suma cero”. El bien del prójimo se convierte en mi déficit.

[11] Jonathan Edwards, el gran avivador de Northampton, define la envidia así:

“... un espíritu de insatisfacción y oposición hacia la prosperidad y felicidad de otros en comparación con la nuestra. Es una disposición natural en los hombres, que aman estar por encima; y esta disposición se ve directamente contrariada cuando ven a otros por encima de ellos.”

La envidia es cuando ves que alguien tiene algo mejor que tú y, en lugar de alegrarte por el bien que tiene, se lo resientes. No trae ningún gozo; te roba el gozo, envenena tu capacidad de disfrutar lo que Dios te ha dado. Cargas el éxito de otras personas como una tristeza de bajo grado. [12] (En blanco)

¿Recuerdas a Amán en la historia de Ester? Amán tiene riqueza, posición, el favor del rey, todo lo que pudiera querer, y ¿qué dice? [13]

“Pero todo esto de nada me sirve, mientras vea a Mardoqueo el judío sentado a la puerta del rey.”

“¡Todo esto!” — toda su riqueza, todo su privilegio — “no significa *nada* para él.” Amán no podía disfrutar lo que tenía simplemente porque ¡Mardoqueo también lo estaba disfrutando! [14 (en blanco)]

El *peso* único del décimo mandamiento es que no tiene una conducta externa que vigilar; expone un desorden debajo de la superficie, al nivel de lo que amamos y deseamos: lo que realmente te hace feliz, aquello para lo cual realmente estás viviendo. Lo que significa que la codicia es, en última instancia, una forma de adoración mal dirigida: el corazón buscando en otro lugar que no sea Dios su valor y su gozo. [Diapositiva 15]

2. El efecto de la ley

Bien, entonces, ¿cuál es el *efecto* del décimo mandamiento en nuestra vida? En el séptimo capítulo de Romanos, Pablo tiene mucho que decir acerca de su propia experiencia del efecto que la ley, y esta ley en particular, tiene cuando se encuentra con un ser humano orgulloso y farisaico como él. Comenzando en el versículo 7, Pablo escribe: [16]

Si no hubiera sido por la ley — el décimo mandamiento — yo no habría conocido el pecado. Porque no habría sabido lo que es codiciar si la ley no hubiera dicho: “No codiciarás.”

Pablo comienza simplemente diciendo que el efecto que tuvo en él la ley contra la codicia fue revelar “qué es codiciar”: lo que realmente significa y lo que implica respecto a nuestra justicia. Él dice algo semejante antes en la carta: “por medio de la ley viene el conocimiento del pecado.”

Pero luego [17] continúa diciendo algo bastante más extraño:

Pero el *pecado*, aprovechando la oportunidad *por medio* del mandamiento, produjo en mí toda *clase* de codicia.

¿Toda *clase* de codicia? Pablo parece estar diciendo que el efecto de la ley en él, al menos al principio, no fue obediencia sino *provocación*... que el mandamiento

contra el querer solo *inflamó el querer*. Y no solo eso, sino que de alguna manera esto sucedió porque el *pecado* había “aprovechado una oportunidad” — la palabra aquí sugiere un punto de apoyo o una base — desde la cual pudo *usar* la ley, “agarrarse de la ley”, para *producir* en él “toda *clase* de codicia.”

[18] Él continúa :

En otro tiempo yo vivía aparte de la ley — *me sentía vivo, pensaba que era justo, pensaba que era irrepreensible delante de Dios* — pero cuando vino el mandamiento — *o podríamos decir, cuando llegó hasta lo profundo de él, cuando realmente lo golpeó* — entonces el pecado revivió y yo morí. El mismo mandamiento que prometía vida resultó ser muerte para mí.

Pablo está diciendo que, una vez que entendió lo que realmente significa el décimo mandamiento, “el pecado revivió” y él murió. [19] (En blanco) Y eso es porque, en ese momento, el mandamiento de no codiciar se convirtió para él en un espejo que hizo añicos toda su idea de sí mismo como una buena persona. El pecador fue descubierto ante sí mismo. Pablo se dio cuenta de que en realidad no hay una codicia que tú *haces*; solo hay una codicia que tú *eres*.

[20] Martín Lutero describe esta experiencia con su franqueza característica:

Cuando hablamos de la ley, hablamos del efecto propio que ella puede tener o producir en nuestra naturaleza corrupta. La ley condena y nos impulsa. Por sí sola — *lo cual es una aclaración importante para Lutero, por cierto* — no puede hacer otra cosa que afligir, arruinar y agitar las conciencias.

Bien, demos un paso atrás [21] (en blanco) y permítanme tratar de enmarcar todo esto desde una perspectiva más contemporánea. Hubo una profesora en la Universidad de Chicago llamada Lauren Berlant que escribió un libro en 2011

acerca de algo que llamó [22] “optimismo cruel.” Ella define el optimismo cruel como:

“...la condición que se da cuando algo que deseas es en realidad un obstáculo para tu florecimiento. El optimismo cruel es un apego castigador a la expectativa de que esta vez, la cercanía a esta cosa te ayudará a ti o ayudará a un mundo a volverse diferente exactamente de la manera correcta, sin importar cuántas veces en realidad no resulte así.”

Aquí Berlant describe una dinámica muy específica por medio de la cual los seres humanos participan irracionalmente en la generación de su propio sufrimiento, donde aquello mismo a lo que hemos enganchado nuestro carro como *la cosa* que entregará lo que nuestro corazón más desea, termina demostrando ser precisamente lo que nos impide obtenerlo. [23] (En blanco)

¿Escuchan lo que ella está diciendo? Ese es el lenguaje de la idolatría. Ese es el corazón mirando una cosa creada y pidiéndole que sea el fundamento de su esperanza y de su significado — algo para lo cual no fue hecha. Sencillamente se quebrará, tal como le ocurrió a Pablo y a su propio “apego cruel” a ser “fariseo de fariseos.”

Así que lo que Pablo describe en estos versículos, lo que Lutero observa tan pesimistamente, y lo que Lauren Berlant describe en términos seculares con su “optimismo cruel”, son todas manifestaciones de la experiencia de vivir delante de la ley como seres humanos pecadores, y de la futilidad de mirar a bienes creados como fines en sí mismos.

El efecto de este décimo mandamiento, y de la ley mosaica en general, es mostrar a seres humanos imperfectos nuestro pecado, nuestra idolatría, y al

hacerlo revelar que todos tenemos un problema de *Dios* antes de tener un problema de *querer*.

Gracias a Dios, este no es el final de la historia. El alcance mismo de esta ley en realidad *sirve* al evangelio de la gracia porque cierra toda posible ruta de escape excepto la que conduce a Jesucristo y a la promesa de que ahora no hay condenación para los que están en él. La acusación de la ley se convierte en el preludio de la gracia. Ya no puede condenarnos porque ya no estamos bajo la ley sino bajo la gracia. Cristo ha resucitado, la muerte ha perdido su aguijón, y podemos cantar: “Bien puede rugir el acusador por cosas que he hecho. Las conozco todas y miles más. Jehová no conoce ninguna.”

3. El fin de la ley

[25] Cuando Pablo dice en Romanos 10 que “Cristo es el fin de la ley”, la palabra para “fin” es [26] *telos*, y significa dos cosas a la vez: significa *terminus* — la línea de llegada, el lugar donde los diez mandamientos se detienen. Lo cual no quiere decir que la ley desaparezca, sino que la ley *como camino hacia la justicia* queda obsoleta porque Cristo cumplió en tu lugar todo lo que ella requería. [27] Juan Calvino lo expresa así:

Cristo es el cumplimiento de la ley porque toda justicia que la ley demandaba se encuentra perfectamente en él. [28] (En blanco)

Pero *telos* también significa *meta o propósito*, aquello hacia lo cual la ley apuntaba desde el principio. Y resulta que la meta de la ley — aquello que la ley buscaba todo el tiempo — nunca fue la mera conducta. *Era acerca del amor*. “El amor es el cumplimiento de la ley”, dice Pablo en Romanos 13. “No deban a nadie nada, sino el amarse unos a otros; porque el que ama al prójimo ha

cumplido la ley.” A los gálatas les dice: “Toda la ley se cumple en una sola palabra: ‘Amarás a tu prójimo como a ti mismo.’”

Que Cristo sea el fin de la ley significa que el don de Dios en ti *crea* precisamente la respuesta que busca. La gracia no es solo el perdón de Dios, sino la agencia eficaz de Dios dentro de ti, tanto para querer como para hacer según su buena voluntad.

Bueno, ¿y cómo funciona eso en realidad?

Resulta que Agustín preguntó exactamente esto, y el versículo al que volvía **una y otra vez era Romanos 5:5: [29]:**

“El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado.”

Y porque el deseo responde a ser deseado, el amor responde a ser amado — a ser amado *primero* — entonces él pudo **decir: [30]**

[Los seres humanos] reciben el Espíritu Santo para que surja en sus mentes un deleite y un amor por aquel bien supremo e inmutable que es Dios, aun ahora mientras caminan por fe, todavía no por vista.

Agustín está diciendo que Dios derrama su amor en nuestros corazones — en la adoración, en la predicación, por medio de la Cena del Señor, la Biblia, la comunidad cristiana, *amistades cristianas reales* — lo que llamamos “los medios de gracia” — de tal manera que él se vuelve más deleitable y más deseable que cualquier cosa que pudiéramos querer más que a él. **[31] (En blanco)**

Amigos, todo nuestro *problema* es que la ley manda un amor que jamás pudo crear. Toda nuestra *solución* es que la gracia en el don de Jesucristo sana

nuestros afectos desordenados y crea verdadera libertad para empezar realmente a querer lo que Dios quiere.

El ministro presbiteriano escocés del siglo XIX [32] Thomas Chalmers se apoyó en Agustín para lo que llamó “el poder expulsivo de un nuevo afecto.” Él argumentó que

La única manera de despojar al corazón de un viejo afecto es mediante el poder expulsivo de uno nuevo.

Chalmers está diciendo que nunca vas a poder convencer a tu corazón de dejar de amar lo que ama; simplemente no funcionará. Y la razón por la que no funcionará es que el corazón *no puede estar sin un objeto*; sencillamente *no puede NO* tener algo que amar. El amor inferior solo puede ser desplazado — expulsado — por un nuevo afecto que llega a verse como más atractivo y más deseable que el antiguo. [33] (En blanco)

Considera a alguien atrapado en pornografía y toda la vergüenza y soledad subyacentes que sostienen su adicción. Un hábito así no desaparece simplemente esforzándose más. [34] Como lo expresa Martín Lutero, *No me libero de mí mismo tratando de liberarme de mí mismo*. No: la solución tiene que venir desde fuera del sistema en una forma que se perciba como más plena y más verdaderamente satisfactoria que la falsa promesa de la adicción.

[35] (En blanco)

Y debido a que esta comprensión siempre permanece incompleta y siempre está siendo probada, el cristiano vuelve una y otra vez a la gracia. Ese regreso no es lo opuesto al progreso. Es la forma permanente del progreso, la forma permanente que toma el progreso. Maduramos en Cristo volviéndonos más verdaderamente dependientes de él, no menos.

El ministerio de Tim Keller en Nueva York a menudo consistía en decir algo bastante parecido. Tim lo llamaba “predicar a los ídolos de tu corazón”, y lo que añade a Chalmers es su percepción de que cualquier cosa que nuestros corazones amen aparte de Dios es una cosa creada que sencillamente nunca fue diseñada para satisfacer la profunda necesidad innata que es natural al corazón humano.

“Predicar al corazón” comienza nombrando los deseos reales que te están moviendo. “¿Qué otras cosas se han vuelto más reales para mí que el amor de Jesús? ¿Qué estoy amando — qué estoy codiciando — más que a él?” Entonces simplemente pones esos deseos frente a Jesucristo en su evangelio y preguntas: “¿Qué es verdad de mí porque Cristo murió y resucitó por mí? ¿Qué bien se me ofrece en él que mis deseos rivales no pueden finalmente proveer?”

[36] Keller escribe esto:

[La solución al cambio de conducta] es aplicar el evangelio a los ídolos de nuestro corazón, que siempre son una forma alternativa de autosalvación aparte de Jesús. Nunca cambiaremos a menos que enfrentemos las formas particulares y características en que nuestros corazones resisten el evangelio y continúan sus proyectos de autosalvación por medio de la idolatría.

Para Tim, el arrepentimiento siempre consistía en identificar esos ídolos y exponerlos al evangelio hasta que produjera lo que él llamaba “un sentido en el corazón del amor de Dios.” “Un sentido en el corazón”; esa era su frase, todo el tiempo. **[37]**

(En blanco) Como Agustín, como Chalmers, Tim entendía que uno no “concluye y ve” que el Señor es bueno. Tú *gustas* y ves. Se te *muestra* la bondad de Dios. Empiezas a entenderla de una manera que, como dice Pablo en Efesios, “sobrepasa todo entendimiento.”

El “encuentro con Dios”, si podemos llamarlo así de manera amplia, puede entenderse sencillamente como algo que ha ocurrido cuando algo que siempre has sabido como información se convierte en algo acerca de *ti*. Cuando algo acerca de Dios que siempre has entendido y afirmado como verdadero en concepto se convierte en algo verdadero acerca de *ti*.

No es “De tal manera amó Dios al mundo”; es Dios te amó de tal manera a *ti*. No es “siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros”; es “cuando tú aún eras pecador, Cristo murió por *ti*.”

Tú eres el hijo pródigo a quien el Padre corrió a encontrar. *Tú* eres la moneda perdida, la perla de gran precio, el cordero por quien el pastor dejó a las otras noventa y nueve. *Tú* eres aquel sobre quien él se regocija con cánticos, como el novio sobre la novia. Y sí, *tú* eres aquel por quien Cristo soportó la cruz, menospreciando la vergüenza. *Tú eres esa persona*.

John Wesley, el gran escritor de himnos, siempre había sabido que Dios perdona pecados. Pero la ficha no le cayó hasta el día en que pasó de “Dios perdona pecados” a “Dios perdona pecados, *aun los míos*.” *Aun los míos, aun los tuyos*.

Si estás aquí hoy y no eres cristiano, o no estás realmente seguro de ser cristiano, o si eres un creyente que sencillamente está pasando por una etapa difícil en su vida cristiana: estoy aquí para decirte que lo que el evangelio te ofrece — una y otra vez, cada nuevo día — es una persona cuyo carácter es tan extraordinariamente notable, tan atractivo, que te ama con un amor tan particular, tan irrepetible, tan completamente dirigido a *ti*, que una vez que lo ves, nunca puedes dejar de verlo.

Nuestros corazones codiciosos dicen: *si tuviera eso, sería feliz*. El Padre dice: “a mi diestra hay deleites para siempre; en mi presencia hay plenitud de gozo.”

Nuestro corazón dice: *si tan solo pudiera conseguir eso, sería suficiente*. La Biblia dice: del Señor es la tierra y todo lo que hay en ella; la plata es suya, el oro es suyo, suyo es el ganado sobre mil colinas. Él abre su mano y satisface el deseo de todo ser viviente.

Hacia el final de Romanos 8 llegamos a uno de los versículos más majestuosos de toda la Biblia, donde Pablo dice: “El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él gratuitamente todas las cosas?”

Dios está diciendo: “Te he dado a mi Hijo, mi único Hijo a quien amo. Te he dado lo más grande que puedo dar. Si he hecho eso, si te he dado lo más grande que tengo, ¿piensas que voy a retener de ti cosas menores? ¿Piensas que voy a negarte los deleites que necesitas? Yo conozco los deleites que necesitas, te conozco, sé cómo te hice.” Así que deja de extender la mano hacia los falsos, dice él. *Yo te concederé los deseos de tu corazón*.

Antes de llegar siquiera a Cristo en los evangelios, el décimo mandamiento ya tiene forma de evangelio, ya está apuntando hacia la gracia. ¿Por qué? Porque el mandamiento “No codiciarás” ya *presupone* un Dios tan bueno, tan generoso, tan abundante, que querer cualquier cosa *más* que a él no es tanto malo como simplemente necio. Todo aquello que nuestros corazones codiciosos siempre estuvieron tratando de alcanzar, lo tenemos en él por causa de Jesucristo. Lo cual significa que el mandamiento que dice “No codiciarás”, en su núcleo, en realidad es simplemente la otra cara de la *promesa* de Dios: “Yo soy suficiente.” Oremos.